



# LA CRISIS DEL SISTEMA SOVIÉTICO EN LA ÉPOCA DE GORBACHOV

*Ferenc FEHER*

## **El significado de crisis en el sistema soviético**

**E**l significado del término «crisis», aparentemente obvio, se convierte en uno de los famosos «misterios envueltos en un enigma» (Churchill) cuando intentamos comprender seriamente su naturaleza económica, política o cultural en el régimen soviético. Para empezar, hay que tener en cuenta las divergentes y abstrusas formas en que puede articularse la «crisis» en la URSS, ya que, en marcado contraste con muchos países de Europa del Este, la URSS no ha experimentado en las últimas décadas revoluciones ni guerras civiles, es decir, situaciones en las que, lógicamente, el término «crisis» se explica por sí mismo.

He seleccionado como ejemplo los casos de la *crisis de la agricultura* y la *inflación*. En los últimos treinta años la terminología oficial soviética ha reconocido de forma encubierta el estancamiento crónico de la agricultura, en la medida en que en los congresos del partido se ha hecho constante referencia a la necesidad de «solucionar el problema de los alimentos». Estos eufemismos, «callejón

sin salida de la agricultura» o «estancamiento», aparecen en el sentido de crisis en la imaginación y las conversaciones cotidianas del ciudadano soviético medio, que invierte un tiempo fastidiosamente largo en las colas para obtener los artículos básicos de su dieta alimentaria. La percepción de estas molestias como *síntomas de crisis* se hace patente en forma de chistes políticos, que en estas sociedades sirven como principal sustituto de la opinión pública libre. Actualmente, el chiste soviético más oportuno es ese que dice que es una ley científica de la construcción del socialismo y el comunismo que el proceso tenga lugar con mal tiempo permanente, lo que a su vez es perjudicial para la cosecha.

Por lo que a la postura oficial (del partido) se refiere, sólo durante el breve mandato de Jruschov apareció en los medios de comunicación oficiales la situación de crisis profunda de la agricultura colectivizada. Jruschov fue incluso más allá, al hacer de la solución de la crisis de la agricultura soviética su primera prioridad política (1). Por el contrario, las expresiones «crisis de la agricultura» y «el estado crítico de la agricultura soviética» han desaparecido por completo del vocabulario político soviético desde la caída de Jruschov. Las nuevas referencias oficiales al «problema alimentario», siempre pendiente de solución, así como todas las descripciones objetivas de la vida cotidiana soviética en la era Breznev, sugieren que el síndrome sigue ahí y que sólo se ha eliminado el término.

El ejemplo de la inflación es incluso más gráfico, ya que un debate sobre este problema ha estallado recientemente y con gran intensidad en los medios de comunicación soviéticos entre periodistas y economistas, por un lado, y destacados *apparatchiki* por el otro. El debate sobre la inflación soviética se centra, en parte, en si los salarios reales mantienen su poder adquisitivo. En un artículo, el periodista de *Literaturnaya Gazeta* Anatoli Rubinov, que recogió cientos de cartas de lectores soviéticos preocupados por las subidas de precios, afirma que «últimamente los precios han subido de forma desproporcionada en relación con los salarios (...) y no en términos de kopeks, ni siquiera sólo en rublos». Pero hay también otra versión. Nikolai Belov, primer vicepresidente del TSSU, organismo que maneja todas las estadísticas del país, discrepa, y dice que el señor Rubinov «no tiene competencia para extraer conclusiones» sobre la inflación. El señor Belov convocó una conferencia de prensa para anunciar que los precios al consumo subieron sólo un 8% entre 1970 y 1986, mientras que los salarios medios mensuales crecieron en un 60%, de 122 a 195 rublos. «No puede haber un problema de inflación ni un descenso del nivel de vida en la Unión Soviética», insiste (2).

Lo que está en juego entonces es nada menos que decidir si ha habido una aguda tendencia inflacionista en la vida económica

soviética —señal inequívoca de la existencia de síntomas de crisis— o si, por el contrario, lo que ha prevalecido en la URSS en los últimos dieciséis años es algún tipo de política deflacionista, fenómeno casi sin parangón en la economía moderna (y que, dicho sea de paso, no es necesariamente señal de una actuación económica correcta). Quizá dos ejemplos serán suficientes para corroborar la verdad de mi afirmación, es decir, que el significado del término «crisis» dista mucho de ser obvio en la economía y la política soviéticas en cuanto a su existencia, por un lado, y por lo que a su carácter concreto se refiere, por otro.

Puede parecer que hay una forma fácil de salir de este callejón sin salida teórico. «Objetivamente», podrían argumentar muchos, ha habido en la economía soviética períodos de crisis fácilmente definibles, sólo encubiertos por datos falseados o, con frecuencia, simplemente no dando a conocer ningún informe estadístico, lo que ha sido el caso en China durante décadas. Aun así, ¿dónde están los «criterios objetivos» sobre los cuales el analista puede proceder a determinar la «existencia objetiva» de la crisis económica en la URSS? El espectacular fiasco, hace unos cuantos años, de la investigación de la CIA sobre la producción soviética de crudo, el craso error de un estudio que predijo la brusca disminución de la producción soviética en unos años, prueba la dificultad, cuando no la imposibilidad absoluta, de desvelar esos «criterios objetivos». La previsión de la CIA resultó ser una interpretación totalmente errónea de las señales y los síntomas de la economía soviética, pese a la enorme cantidad de fondos que presumiblemente se asignaron a la investigación, y también pese al hecho de que el informe fue encargado para que sirviera de orientación en la política de la administración, y no con fines propagandísticos. Desde un punto de vista técnico, es el tan discutido enigma de interpretar los gastos militares soviéticos en el presupuesto lo que subraya las dificultades provocadas por esta casi impenetrable oscuridad (3).

Las causas de esta opacidad son conocidas. La economía soviética es una economía dirigida (4), un sistema integrado *políticamente* en el que el comportamiento económico de sectores y unidades viene definido por la voluntad estratégica y las decisiones de «planificadores omnipotentes». En su origen, la economía soviética carecía de *actores económicos independientes y reconocidos públicamente* de cuya conducta pudieran inferirse determinadas previsiones objetivas (o los actores independientes que existen esporádicamente fueron marginados económicamente). En este sistema el mercado ha sido abolido, o por lo menos fragmentado en gran medida. La estrategia de inversión soviética se define política y no económicamente. Los precios son políticos. La «ley del valor», como el propio Stalin observó correctamente en la década de 1920 y repitió en la de 1950, no tiene ningún efecto global dentro de este sistema (5).

En consecuencia, los costos de producción también se definen políticamente, lo que los hace, a pesar de los más recientes y arduos esfuerzos de los planificadores, económicamente incalculables. Por último, a pesar de la proporción cada vez mayor del presupuesto soviético dedicada al comercio exterior, la economía soviética no está integrada en la economía mundial. El comportamiento económico soviético no puede, por tanto, verse influido por factores externos, lo que añade otra dificultad a la hora de descifrar sus misterios.

Las observaciones expuestas hasta ahora pertenecen, sin excepción, al «núcleo de conocimiento» de estudios soviéticos. La única razón que me mueve a repetir de nuevo estas verdades obvias es que no se han extraído aún de ellas las conclusiones lógicas respecto del significado de la expresión «crisis en la sociedad soviética». He aquí mi conclusión. La «crisis» en la economía capitalista occidental puede definirse como un período más breve o más largo de mal funcionamiento económico, durante el cual la estrategia de la inversión permanece sin confirmar o es rechazada por los indicadores del mercado (el más importante de los cuales es la bolsa); la bola de nieve de las quiebras y el desempleo crece con fuerza; los actores económicos, desde las empresas hasta los sindicatos, niegan públicamente su «voto de confianza» a la política económica y fiscal oficial imperante a la que con anterioridad habían dado su confianza o incluso habían impuesto. Y, por último, empiezan a aparecer señales inequívocas de desintegración política del régimen. Si ésta es nuestra definición de trabajo de «crisis», la economía soviética, simple y «objetivamente», desconoce el término. Analistas y observadores pueden continuar buscando sin fin los «criterios objetivos» de crisis en los términos de la definición arriba expuesta, pero nunca los encontrarán. Sencillamente, la mayoría de los indicadores no se hallan presentes en el sistema soviético. Aunque pueden cancelarse determinados proyectos, la economía está coaccionada *políticamente* para mantener su dinámica (aunque no se pueda establecer a qué nivel de crecimiento). Por otra parte, la economía soviética *puede* mantener esta dinámica porque dentro de ella la producción no guarda relación con el mercado. La opinión de los compradores, y su comportamiento económico general, carece de importancia, o es pertinente sólo en términos políticos pero no económicos. En consecuencia, quedan por fuerza suprimidos los síntomas de un «voto de no confianza» por su parte. Dado que en el régimen soviético no puede separarse lo económico de lo político ni siquiera de forma temporal, sólo hay un único criterio de la crisis económica soviética: una declaración de los dirigentes al respecto. Así entendida, la crisis económica ha asomado a la superficie hasta ahora sólo una vez en la URSS. Fue en la era Jruschov, cuando el propio «Primer Hombre» declaró que la situación económica (sobre todo en la agricultura) era crítica. Un ejemplo similar ha sido el ofrecido por China durante los

---

últimos siete u ocho años, cuando Deng Xiaoping calificó de confuso el estado de la economía china tras la revolución cultural.

Ferenc Feher

El enigma al que nos enfrentamos a la hora de explorar el término «crisis» en la sociedad soviética no está causado por un mero «encubrimiento manipulador»; es una oscuridad mucho más «objetivamente» impenetrable por dos motivos. En primer lugar, no sólo los observadores externos, sino *también los propios dirigentes soviéticos se enfrentan a misterios eternos*. Un documento reciente y de sumo interés arroja luz sobre este oscuro fenómeno. Andras Hegedüs, que fue un destacado autor de anuarios estadísticos amañados en Hungría después de la revolución de 1956, explica de la siguiente manera este rompecabezas en su «autobiografía en entrevistas»: la existencia de dos juegos distintos de datos estadísticos, afirma, uno falsificado y otro correcto (este último guardado en una caja fuerte secreta), no es más que una leyenda popular. Cae por su propio peso, observa, que los datos estadísticos eran doblemente falsificados por la institución central de estadística. Primero los «ajustaban» antes de remitirlos al Politburó, que casi siempre sólo quería ver «resultados optimistas», y otra vez después, antes de darlos a conocer al público. Sin embargo, es sencillamente incierto que los datos iniciales habrían ofrecido un «panorama objetivo» de la situación económica. Los falsificadores iban reuniendo los datos que, como sabían perfectamente, ya habían sido amañados por los ministerios y departamentos económicos. Por consiguiente, ni siquiera en los poco frecuentes momentos en que los dirigentes *sí* quisieron enfrentarse a la realidad pudieron hacerlo (6).

La segunda causa de este carácter impenetrablemente opaco de la realidad económica soviética se deriva del hecho de que los dirigentes soviéticos definen los síntomas de la crisis basándose en consideraciones político-estratégicas y no en los indicadores económicos, lo que es congruente con las principales características de su régimen. De ahí se infiere que lo que se considera «crítico» varía en la sociedad soviética de un período a otro, de un dirigente a otro y de una estrategia a otra. En realidad, la historia soviética comenzó como tal con un «debate hermenéutico» (de terribles consecuencias pragmáticas) sobre el significado de la palabra «crisis». Para Bujarin, el adalid por excelencia de la NEP, el lento crecimiento de la industria soviética era un fenómeno totalmente aceptable siempre que la industria soviética, que tan lentamente crecía, proporcionara la suficiente cantidad de bienes de consumo para mantener viva la producción agrícola para el mercado. Para Stalin y la mayoría del aparato del partido, el crecimiento lento suponía una crisis importante. Nove muestra cómo Stalin y las personas de su entorno interpretaron el súbito descenso de la cantidad de cereales destinados a la comercialización en 1928, una disfunción menor que podía haberse eliminado fácilmente con un cambio en la política de precios, como señal de una catástrofe

inminente. Esto era también congruente con los términos generales de su estrategia (7).

La distinción exclusivamente política entre lo que es «crítico» en la vida económica soviética y lo que no lo es puede entenderse mejor si echamos una ojeada al stalinismo «maduro». La agricultura soviética nunca tuvo un rendimiento peor que con Stalin, y sin embargo este gran autor de hambrunas producto de la mano humana permaneció totalmente impasible ante su agudo estancamiento o fuerte decadencia. En los términos de su estrategia, estos fenómenos no eran fenómenos críticos. Por consiguiente, con Stalin no hubo crisis agrícola en la URSS, ni siquiera cuando millones de personas murieron de hambre y cuando la producción agrícola cayó, según el testimonio de Jruschov, por debajo del nivel de los últimos años de paz con el régimen de los zares. Por otra parte, es muy legítimo interpretar su enigmática obra *Los problemas económicos del socialismo en la URSS*, de 1951, como un mensaje indirecto, y en cierto modo codificado, sobre un peligroso síntoma de crisis. Ahora sabemos, por las pruebas acumuladas, que en 1950-1951 Stalin predijo el estallido de la tercera guerra mundial para un futuro cercano (8). Por tanto, Stalin consideraba legítimamente que la situación económica del «bando soviético» era crítica en torno a los años 1949-1951. La reconstrucción de la posguerra no había terminado siquiera en varias «democracias populares», por no hablar de su embarque concertado en un ritmo acelerado de economía de guerra. El control sobre la producción agraria, un factor importante en la economía de guerra, distaba mucho de estar totalmente en manos de los diversos aparatos comunistas. La cooperación económica fluida de las direcciones comunistas nacionales bajo la tutela del Politburó soviético no había llegado ni siquiera al estado embrionario. Si, por tanto, interpretamos el texto de Stalin como la expresión (encubierta) de la «conciencia de crisis» de la dirección soviética, y lo contrastamos con su imperturbable actitud hacia el estancamiento o la decadencia agraria, podremos captar el significado de la definición política de la crisis económica en la sociedad soviética.

Por eso la estrategia de «modernización» de Gorbachov es el concepto clave para comprender lo que las expresiones «crisis» y «solución de la crisis» denotan en la política y los asuntos económicos soviéticos actuales. Que yo sepa, la «crisis mundial» no ha sido utilizada oficialmente por los dirigentes soviéticos, aunque el temor, a menudo tenso, de los discursos de Gorbachov y la atmósfera de urgencia artificialmente creadas sugieren una «conciencia de crisis». La única, y al mismo tiempo suficiente, prueba de la existencia de una crisis económica, es decir, el malestar público de los dirigentes por la situación económica, es claramente manifiesta en la URSS.

¿Cuál es el contenido exacto que parecen atribuir los dirigentes a la crisis? ¿Cuáles son sus propuestas para resolver la crisis? ¿Cuáles son los proyectos alternativos que pueden inferir los observadores de los síntomas que se ven actualmente? (9). El objetivo inmediato del Nuevo Equipo es doble: realizar un cambio drástico en la élite, una reorganización y sustitución, preferiblemente total, de la «conservadora», «ineficaz» y «corrupta» gerontocracia de Breznev (lo que constituye el contenido principal, sociológicamente descifrable, de su consigna de «reestructuración») y superar el actual estancamiento soviético en cuanto a crecimiento industrial y su atraso tecnológico. Aunque nunca se afirme públicamente, el énfasis que ponen los soviéticos en detener la experiencia norteamericana con la Iniciativa de Defensa Estratégica (una de las principales preocupaciones de los dirigentes soviéticos, que de una forma ostensible toman el proyecto con una seriedad incomparablemente superior que los científicos occidentales críticos) demuestra que el principal motivo de este segundo aspecto de su estrategia es el *miedo*. Están visiblemente preocupados porque el actual estancamiento haya afectado de forma peligrosa al poderío militar soviético.

El proyecto de Gorbachov es el único de los proyectos alternativos actualmente posibles en la URSS en el que existe un auténtico actor. Este actor es la denominada «ala progresista» del aparato, que parece dispuesta a admitir la existencia de la crisis, pero sólo en el sentido restringido de ausencia temporal de competitividad con la tecnología occidental. De esta definición limitada de la crisis como «tecnológica» se infieren unas perspectivas fácilmente definibles de la acción política futura y sus limitaciones. El Nuevo Equipo, así como sus partidarios, se enorgullece de ser no ideológico y «científico». Como declaró su heredero forzoso búlgaro, Chudomir Aleksandrov, renacido gobarchovista, «la nueva reestructuración se basa en la ciencia y en la tecnología» (10). El nuevo Equipo está a favor de la *glasnost*; rechaza todo tipo de tabúes en lo que a modernización tecnológica respecta; de hecho, el criterio de modernidad lo han tomado prestado de la tecnología occidental (y de la japonesa). Por otra parte, el Nuevo Equipo coquetea con la introducción de «un cierto grado de elementos de mercado» pero, al menos de momento, su definición de crisis se detiene al llegar a las reformas estructurales en el sistema económico soviético, por no hablar en el político. Por primera vez desde Jruschov, la percepción soviética de la crisis es por tanto lúcida y realista; también se limita a sí misma de modo peligroso. Ello es así porque, aun cuando Occidente conceda préstamos sumamente generosos a la Nueva Línea, la sociedad soviética tiene aún muy pocas esperanzas de recuperar su ventaja competitiva en la carrera tecnológica siempre que su autodefinition de crisis siga siendo exclusivamente tecnológica.

Hay tres principales proyectos alternativos e hipotéticos de modernización (11), todos los cuales tienen, por el momento, sólo un agente ficticio, no real, aunque proponen presumiblemente una clara definición de crisis. Para el proyecto intelectual-tecnocrático, la crisis es explícitamente económica y no meramente tecnológica. Sus precursores, críticos vociferantes de las incoherencias del nuevo Equipo, ya se están reuniendo en los márgenes del terreno planeado por el actual «deshielo» (12). Para ellos, la causa de la profunda y frustrante crisis económica, y no meramente tecnológica, se identifica con facilidad en el sistema de una «economía dirigida» *en su conjunto*, a la cual pueden o no identificar con el «socialismo» como tal. Los partidarios del proyecto de los intelectuales son, en este sentido, radicales. Pero en lo que al aspecto *político* de la crisis se refiere, no proponen ningún cambio significativo en la medida en que puede interpretarse el significado de su conducta a partir del ejemplo de Sajarov. Son patriotas (en el sentido de la Gran Rusia); la grandeza de la madre patria es crucial para ellos. Son de talante liberal en lo que respecta a la protección de la esfera privada de la intervención del Estado; pero no son demócratas en el sentido de estar comprometidos con una esfera pública libre y con el pluralismo político.

Resulta de una claridad meridiana (en la medida en que algo puede estar claro con respecto a la conducta futura de los hipotéticos actores) qué significado tendrá la «crisis» tanto para los comunistas reformistas como para los militares, siempre y cuando estos actores hagan su aparición en la escena política soviética. A los comunistas reformistas la crisis les parecerá «política», causada por la «decadencia», la «obsolescencia», la «perversión» o la «aberración» del sistema político (13). Para los altos mandos militares la definición de «crisis» es una operación aún más sencilla. Todos y cada uno de los fenómenos que reducen el poderío militar soviético, sobre todo la lentitud del crecimiento económico y el retraso respecto de la tecnología occidental, constituyen un síntoma de crisis. El ejército, presumiblemente, carece de postulados doctrinales acerca de los medios para superar la crisis. Literalmente, toda iniciativa que acelere el crecimiento y el desarrollo tecnológico sería aceptable para los militares. Por ello el ejército, con toda probabilidad, va a ser un aliado, pasivo aunque digno de confianza, del Nuevo Equipo en la etapa inicial. Pero también por ello se convertirá inevitablemente en un factor sumamente peligroso e incontrolable si la «modernización» no rinde sus frutos una vez más.

### **Culturas alternativas de solución de la crisis**

Hemos visto que no hay «criterios objetivos» de la crisis independientes de la «conciencia de crisis» del único actor público de

la URSS, el aparato del partido. Además, los significados alternativos de la «crisis» y, por ende, sus hipotéticos proyectos alternativos, están constituidos igualmente por el nítido modelo de «conciencia de la crisis» que afecta al partido. Así pues, el problema de la «crisis» sólo puede resolverse si hace su aparición en escena una «cultura de solución de la crisis» poderosa y dominante (14). Por eso una solución de la crisis de la sociedad soviética nunca puede ser totalmente pragmática, y siempre incomparablemente menos que en ninguna otra sociedad. La solución de la crisis es, desde luego, inseparable de la estrategia económica correcta, pero es a todos los niveles una tarea más compleja que la mera construcción de simples planes económicos cuidadosamente diseñados.

Aparentemente Gorbachov ha comprendido algunos aspectos de la necesidad de una nueva «cultura de solución de la crisis». Dos ejemplos bastarán para probar este supuesto: su nueva política acerca de la intelectualidad y su cruzada para erradicar el alcoholismo. Por lo que a la primera cuestión se refiere, Gorbachov utiliza, sin duda, a los intelectuales como peones de un inmenso e intrincado juego. Y sin embargo, por manipulador que sea, este cambio con respecto a la intelectualidad tiene una doble función cultural. Los intelectuales tienen las «herramientas» y los conocimientos necesarios para movilizar a la opinión pública contra la inercia brezneviana. Además, podrían aportar algún tipo de recomendación de «cultura de solución de la crisis». Mientras tanto, el secretario general y el Nuevo Equipo mantienen abiertas sus opciones y observan la polémica que se desarrolla en la escena intelectual.

Una característica semejante puede detectarse en la campaña contra el alcoholismo. Sin duda, la plaga del alcoholismo en la Unión Soviética, sus consecuencias destructivas sobre una crisis demográfica ya grave (la URSS es el único país desarrollado industrialmente que tiene una curva *decreciente* de esperanza de vida) y la carga que añade a un sistema sanitario completamente insuficiente, serían preocupaciones importantes para cualquier gobierno soviético. Y sin embargo, estas preocupaciones pragmáticas no explican el papel principal que desempeña la ofensiva antialcohólica en la política de Gorbachov. Esta campaña tiene una función *simbólico-cultural* estrechamente relacionada con la solución de la crisis: el alcoholismo es una metáfora de la política de modernización. La metáfora representa los males tradicionales, nacionales y culturales, de la vida de la Rusia soviética: la apatía, el soportar de modo pasivo y suicida las calamidades de la vida, la autodestrucción colectiva, organizada e incluso glorificada, y una pérdida masiva de la dignidad personal. Además exige un nuevo código como resolución. Paradójicamente la política de modernización soviética ha alcanzado rápidamente la fase de «posmodernismo»; es decir, la del culto a la salud como sucedáneo de los fundamentos

religiosos en la campaña de Gorbachov contra el alcoholismo (15).

¿Qué amplitud y profundidad tienen las reservas internas de proyectos culturales alternativos para la solución de la crisis? Al plantear esta sola pregunta nos situamos en el centro de la propia crisis, ya que la respuesta es que casi nada del arsenal cultural soviético actual proporciona siquiera las materias primas necesarias para las nuevas culturas de solución de la crisis. Este es el momento histórico en que tanto los antiguos como los nuevos tipos de enfermedad descubiertos en la historia de la Rusia soviética pasan su factura a los dirigentes soviéticos, que están cribando los escombros del yermo cultural soviético para hallar las ideas y los elementos estimulantes de un nuevo código, pero para terminar con las manos vacías. El «marxismo-leninismo» ya estaba muerto durante las décadas de la gerontocracia brezneviana. Es una terrible ironía de la historia que los breznevianos le hayan dado el tiro de gracia, no tanto por los desechos que amontonaron sobre su corpus de todos modos difunto, sino por la reducción del comunismo reformista, así como el «renacimiento del marxismo», a la impotencia y la humillación. Hegel tenía toda la razón: una iglesia mantendrá su vigor y estará viva sólo mientras sea capaz de fraccionarse. El marxismo como «filosofía de la praxis» resultó fiel a sí mismo también en su fallecimiento; dejó de existir en Europa occidental y en la URSS en el momento en que ya no quedaban actores que se comprometieran con él.

La única ideología nueva que ha aparecido en los quince últimos años más o menos es en realidad muy vieja. Es el tradicional nacionalismo ruso en su versión más oscurantista, con o sin alianza con credos religiosos igualmente tradicionales. En el caso de Solzenitsin, un nacionalismo ruso muy tradicionalista, en cuyos términos la causa de todos los males es la ruptura de la continuidad de la historia nacional, ha retrocedido hasta el plan maestro de Iván Karamazov, asentando el Nuevo Estado ruso en el monasterio. Con movimientos como *Rodina* en la década de 1970 y *Pamiat* más recientemente, el nacionalismo ruso sólo tiene una religión, la de la muchedumbre: un antisemitismo histórico y mitificado. No obstante, aunque su agresivo antisemitismo no le suponga un problema, el Nuevo Equipo no puede navegar cómodamente sobre estas olas realmente sucias del neocolonialismo ruso, y ello por tres razones. En primer lugar, el neocolonialismo es el chauvinismo de la *Gran Rusia*; su excesivo celo patriótico podría ocasionar daños incalculables a los intereses imperiales. En segundo lugar, aunque a los dirigentes soviéticos actuales ya no les interesan las cuestiones doctrinales del pasado soviético, todavía no pueden proclamar la génesis de su régimen, la toma del poder en octubre de 1917, el momento preciso en que se produjo la fatal ruptura de la continuidad, un no-acontecimiento. Por último, el neo-

nacionalismo ruso no puede servir como nueva cultura de solución de la crisis debido a sus rasgos tradicionalistas y, por ende, a su sospecha inherente de «modernización» occidentalista. En la famosa *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética* de Solyenitsin, el provincialismo ideológico deja al descubierto su base sociológica explícita: un proyecto de país basado en una clase de agricultores fuerte, conservadora, religiosa y laboriosa (16). Este idilio bucólico es, desde luego, totalmente incompatible con los gustos, los intereses y los objetivos político-económicos de los modernizadores.

La visión demasiado homogénea de un yermo cultural uniforme en la Unión Soviética se desvanece, desde luego, en cuanto realizamos el primer intento de analizar las culturas (reales e hipotéticas) de «solución de la crisis». La modernización como solución cultural de la crisis tecnológica tiene un sabor único. El «sentimiento profundo» a partir del cual ha brotado esta cultura en las dos últimas décadas es un convencimiento generalizado entre la generación más joven de funcionarios. Desde su punto de vista, la gerontocracia tiene tres rasgos característicos: incompetencia en todos los asuntos que exigen destreza (no sólo sutilezas doctrinales); corrupción a una escala conocida sólo en los imperios orientales ajenos a los términos «interés público» o «bien común»; y, finalmente, no simplemente inmovilismo o conservadurismo, sino el dominio absoluto de la *pereza rusa* (*Russkaya len*). Al centrarse en la pereza rusa, los Jóvenes Turcos han propuesto lo que constituye su única idea original y recomendación cultural hasta el momento, al tiempo que se han incorporado a una venerable tendencia de la cultura rusa. El «oblomovismo», esa parálisis autoimpuesta tanto en la superficie como en el fondo de la vida rusa, viene siendo blanco del odio visceral de todos los que han pretendido modernizar Rusia desde el último cuarto del siglo XIX. Lenin lo llenó de vituperios. El bolchevismo, en su etapa inicial, puede considerarse una cruzada contra la pereza rusa, a la que se opuso el culto a la eficacia y a la actividad febril (con su conocida conclusión: la «laboriosidad» de millones de personas esclavizadas en los campos de Stalin). La originalidad fundamental del concepto de modernización de Gorbachov estriba en que establece una relación directa entre la pereza y la corrupción en la superficie y en el fondo. Las *filípicas* de Gorbachov contra la corrupción de las «grandes familias» y el hábito popular de la estafa y la holganza tradicional muestran cierto conocimiento de la unidad de una cultura enfermiza (17).

Sin embargo, la campaña de Gorbachov contra la «pereza rusa» es sumamente unidimensional. Faltan, sobre todo, las dimensiones históricas. Toda historia que sufra una ruptura tan violenta como la rusa no hace ni siquiera un siglo, vive forzosamente inmersa en espasmos violentos mientras encuentra una ideología y un modelo cultural para «una reconciliación con el pasado» (18).

Sin un modelo cultural para esa reconciliación no puede haber regeneración nacional ni solución de la crisis de ninguna clase. Pero el Nuevo Equipo vive entre antinomias. No puede abandonar totalmente el principio concreto de legitimación, el nacionalismo ruso-soviético, en que se ha basado su poder durante treinta años. Además, debido precisamente a su legitimación nacionalista, la dirección no puede encontrar apariencias de lenguaje común con su oposición archirreaccionaria. Sin embargo tampoco puede deshacerse totalmente de los vestigios de su propia concepción: los anales soviéticos han de escribirse *ab urbe condita*. Esto lleva, por tanto, al Nuevo Equipo a un camino de enfrentamientos con el nacionalismo derechista-fundamentalista.

Los modernizadores se enfrentarán a nuevos y graves dilemas cuando superen, si es que lo consiguen, su propia y sumamente estrecha definición de la crisis, su campaña unidimensional contra la «pereza rusa» y cuando traten de embarcarse en el proceso de redefinición de la cultura soviética. Las preguntas que deben hacerse de inmediato son las siguientes. ¿Qué es la «cultura soviética»? ¿Es «europea»? Una respuesta afirmativa los pondría en el grupo de los «occidentalizadores», etiqueta que ningún dirigente soviético después de Lenin ha estado dispuesto a aceptar. Al mismo tiempo los haría entrar también en un grave conflicto con el nacionalismo ruso tradicional. Una respuesta negativa dejaría vacía y sin sentido toda la estrategia de modernización. Además, ¿es la cultura soviética «específicamente soviética»? ¿Es, por el contrario «rusa»? Todas las respuestas posibles a estas preguntas, que se plantean inevitablemente cuando la lucha con el retraso tecnológico y la «pereza rusa» supera su marco más estrecho, encubren dificultades tales que el Nuevo Equipo carece de los medios suficientes para hacerles frente. En la medida en que el equipo de Gorbachov pretenda seriamente poner remedio a la crisis crónica de su sociedad, tendrá que lanzar una edición largamente esperada de la reforma rusa que implicará un nuevo código moral, un tipo original de ética del trabajo, y por tanto una lista de valores sin precedentes en la historia de la Rusia soviética. Hasta ahora ni siquiera se han parado a pensar en serio en la enorme magnitud de su tarea.

Los tecnócratas y los intelectuales, que dan a la crisis una interpretación «económica», parecen confiar mucho más desde un punto de vista cultural. Como ya se ha mencionado, su programa es el de una Ilustración limitada. En muchos sentidos su concepción de racionalidad es bastante arcaico. Siguen haciendo las preguntas clásicas de una etapa muy incipiente de la Ilustración («¿Podemos introducir cierto grado de economía de mercado?», «¿Podemos estar un poco embarazados?», «¿Es esto o eso delicado?») sin estar en absoluto al corriente, aparentemente, de la profunda crisis de la racionalidad que existe en la actualidad. Esta ce-

guera es su punto fuerte y su debilidad. Es un punto fuerte en la medida en que tienen una sensación doctrinaria de certeza sobre el significado de la crisis y su remedio. Provistos de este conocimiento inatacable, y sin conocer aparentemente las tormentas históricas que todos y cada uno de los terapeutas de la modernidad han desatado cuando estos sabios doctores trataron de poner remedio a la sociedad moderna mediante la autorregulación de los mecanismos del mercado, los intelectuales entran en escena para vender la panacea del sistema de mercado plenamente emancipado. Por varias razones, esta misma vena doctrinaria es su debilidad fatal. Son occidentalizadores racionalistas, y al mismo tiempo son patriotas soviéticos (Sajarov es el parangón de esta combinación). En la medida en que la Revolución bolchevique pareció, al menos para determinados sectores de la intelectualidad soviética de la década de 1920, una etapa nueva y universal de la racionalidad de Occidente, ningún problema parecía existir con esta combinación. Pero, para los intelectuales soviéticos occidentalizantes de hoy, el término «socialismo» ha perdido todo su significado y pertinencia o es una fuerza hostil (L. Popkova, en su artículo citado más arriba, afirma sin rodeos: «socialismo o relaciones de mercado. Los dos son incompatibles»). Sin embargo, si en esta combinación de racionalidad orientada hacia Occidente y patriotismo soviético la «dimensión soviética» ya no implica connotaciones universalistas, si es sencillamente idéntica a la lealtad occidentalizadora al Estado-nación, su flanco deja de estar protegido contra el bombardeo de los tradicionalistas rusos. Estos son universalistas, en el sentido de propagar la panacea universal de Rusia como «la tercera Roma», o esclavófilos tardíos, apóstoles de la singularidad y segregación rusas. En ambos casos considerarán a los racionalistas occidentalizantes como una fuerza no menos ajena al espíritu ruso que el propio bolchevismo. El conflicto entre las dos posturas parece inevitable.

Además, es la patriótica lealtad de los occidentalizadores al Estado soviético lo que les hace políticamente indiferentes, del mismo modo que limita su concepto de Ilustración. Se oponen, a menudo de una manera heroica, a los excesos del Estado soviético. Sin embargo, a nivel personal, en la medida en que este Estado está dispuesto a respaldar un grado mínimo de racionalidad y a adoptar una economía de mercado, sus miembros no se dedican precisamente a la promoción de estructuras políticas alternativas a la actual. El sistema soviético, en su configuración actual, les parece historia soviética y, como tal, es intocable. Este abandono voluntario de la alternativa democrática, la del ciudadano, condena al fracaso, en mi opinión, a su «cultura de solución de la crisis» desde el principio.

Si analizamos el drama político actual, aún en desarrollo, desde una perspectiva histórica, las dos nacientes «culturas de solución de la crisis» aparecen como repeticiones de dilemas seculares y

como antinomias de la historia rusa. Esta historia siempre ha estado repleta de reformadores partidarios del estatismo, desde Pedro el Grande hasta Alejandro II, pasando por Alejandro I y el Péstel jacobino. *Ninguno* de ellos estuvo dispuesto a renunciar de grado a la idea de un poder central fuerte, tradicional o bonapartista-moderno, como *locus sui generis* de la modernización de la sociedad rusa. Su insistencia dogmática en el primer aspecto frustró invariablemente los esfuerzos pragmáticos de los reformadores en el poder con respecto al segundo. Sus proyectos siguieron siendo siempre unidimensionales. A partir de mediados del siglo XIX también salió a escena el actor liberal con su defensa de las relaciones formalizadas, útiles y racionales, preferentemente en todas las áreas de la vida social a excepción de la política. En este último terreno exhibieron una enorme y fatal pusilanimidad, así como un respeto fuera de lugar por lo que parecía haber sido la tradición política. Aparentemente vamos a vivir un nuevo capítulo del antiguo drama si la *Gorbachovschina* consigue despegar.

Es muy difícil considerar al ejército como depositario de ninguna «cultura de solución de la crisis». No obstante, un proyecto en el que el ejército soviético en el poder se convirtiera en nuevo agente del universalismo, si el aparato del partido abandona sus colores, no es del todo imposible. En esta hipotética nueva cultura de solución de la crisis se fusionarían los rasgos más racionales y los más irracionales. Por una parte, la cultura de solución de la crisis fomentada por el ejército estaría por completo libre de ideologías y sería decididamente racional; a los ejecutores de este proyecto únicamente les interesaría la modernización tecnológica del ejército soviético. Por otro lado, su telos *explícito* equivaldría al dominio del mundo, que sólo podría llevar a la práctica este actor concreto a través de la guerra mundial, y con ella el final de toda racionalidad.

Aunque este proyecto es totalmente hipotético por el momento, su posibilidad teórica se convierte en algo más que pura ficción con la aparición de síntomas curiosos en la política exterior de Gorbachov. Aunque todavía es demasiado pronto para hacer afirmaciones definitivas, los continuos esfuerzos del Nuevo Equipo para deshacerse de la molesta guerra de Afganistán, y la renuncia de Gorbachov a fomentar las revoluciones comunistas en América Central y otras situaciones similares, parecen indicar un lento y solapado giro hacia el «aislacionismo soviético». Si esta tendencia llega a confirmarse tendrá dos consecuencias inevitables. En primer lugar, el abandono de la teoría (y la práctica) estalinista de mercados mundiales independientes y al incorporación a la economía mundial pura y simple serán obligados para los dirigentes soviéticos. En segundo término, significará el fin (al menos temporal) de las aspiraciones a una revolución comunista mundial.

Paradójicamente, el camino de la solución de la crisis de la sociedad soviética pasa por la intensificación a corto plazo de la propia crisis. Para que todas las interpretaciones de la crisis aparezcan en un acusado relieve, para que todos los proyectos y las «culturas de solución de la crisis» se desarrollen plenamente, todos los actores, embrionarios o por el momento simplemente hipotéticos, tienen que aparecer en escena. Además, tienen que disfrutar del grado de tolerancia necesario para formular sus propias recomendaciones y presentarlas a una naciente opinión pública. Esto haría que la naturaleza de la crisis fuera política. Pero entonces la única posibilidad de que dispone la sociedad soviética para resolver la crisis consiste en elevar el debate desde un nivel tecnológico o meramente económico hasta la esfera política.

Traducción de Fabián Chueca y Bernadette Wang

(1) Puede hallarse un detallado análisis de la postura de Jurschov sobre la crisis de la agricultura soviética en G. Breslauer, *Kruschev and Brezhnev: Leadership Styles* («Jruschov y Brezhnev: estilos de dirección») 1982, Los Angeles, University of California Press.

(2) «Soviet Media Admit Inflation's Existence» («Los medios de comunicación soviéticos admiten la existencia de la inflación»), *The Wall Street Journal*, viernes 22 de mayo de 1987, p. 15.

(3) El misterio que envuelve a la parte del presupuesto soviético dedicada a los gastos militares ha sido adecuadamente analizado por A. Nove en su obra *The Political Economy of the USSR* («La economía política de la URSS»).

(4) Aunque el término «economía dirigida» es un lugar común en la literatura sobre las sociedades soviéticas, yo lo utilizo en el sentido específico que le hemos dado en nuestra obra F. Feher, A. Heller, G. Markus: *Dictatorship Over Needs* («Dictadura sobre las necesidades»), 1983, Oxford, Blackwell.

(5) J. Stalin: «Economic Problems of Socialism in the USSR» («problemas económicos del socialismo en la URSS»), en Bruce Franklin, ed. *The Essential Stalin* («Stalin esencial»), Nueva York, Anchor Books, Doubleday, 1972, pp. 458-463.

(6) Andras Hegedüs, *Elet egy eszme árnyékában*, 1986, Viena, edición de Z. Zsille, pp. 227-233. El grado de opacidad en las cuestiones económicas más cruciales puede estudiarse también en un ejemplo más reciente y asombroso: «El pasado mes, en el periódico *Sovietskaya Rossiya*, un alto cargo del prestigioso Instituto de Economía de Moscú, Alexei Sergejev, atacó la credibilidad del TSSU y afirmó que la producción industrial soviética es por lo menos un 3% inferior a los datos reflejados en las estadísticas oficiales. En una denuncia de la información estadística del país, la edición de febrero de la revista *Novy Mir* indicaba que el crecimiento

económico soviético en las siete últimas décadas se había exagerado en más de diez veces. *The Wall Street Journal*. «Moscow Seeks More Accurate Economic Data» («Moscú busca datos económicos más exactos»), 6 de abril de 1987.

(7) A. Nove, *An Economic History of the USSR* («Historia económica de la URSS»), Harmondsworth: Penguin, 1979, p. 144.

(8) E. Ochab y Jakub Berman, destacados funcionarios estalinistas en Polonia durante la era de Stalin, mencionan explícitamente la convicción de éste de que la tercera guerra mundial era inminente. Ochab había participado incluso en una reunión celebrada en Moscú en 1950 y presidida por Stalin, en la que éste trató la tercera guerra mundial no como una posibilidad, sino como una certeza, y exigió esfuerzos mayores y más concertados en las economías de Europa oriental con el fin de prepararse para la guerra. Véanse la declaración de Berman y, en especial, la de Ochab, en Teresa Toranska, *Them (Stalin's Polish Puppets)* («Ellos [marietas polacas de Stalin]»), Nueva York, Harper and Row, 1987, p. 46. También conozco, por medio de la comunicación personal de G. Lukács, que éste había sido advertido por J. Révai, el Número Cuatro de la dirección moscovita en Hungría, de que la guerra, según el juicio autorizado de Stalin, era inevitable antes de 1953.

(9) He analizado con detalle la estrategia de modernización de Gorbachov en «Soviet Strategy till the End of the Century» («La estrategia soviética hasta fin de siglo»), *Crossroads*, Nueva York-Jerusalén (de próxima aparición), así como (junto con A. Heller) los proyectos alternativos (hipotéticos) de «The Gorbachev Syndrome» («El síndrome Gorbachov»), *Transizione*, Bolonia (de próxima aparición), por lo que puedo permitirme ser breve aquí.

(10) «Bulgaria's Gorbachev? («¿El Gorbachov de Bulgaria?»), *The Economist*, 16-22 de mayo de 1987, p. 51

(11) En nuestro documento «The Gorbachev-Syndrome» («El síndrome Gorbachov») hemos mencionado otros dos proyectos hipotéticos: el de una revolución democrática-radical (que, obviamente, sólo es una posibilidad lógica) y el de una doble asociación social y económica (autogestión obrera). Sin embargo, estos proyectos pueden descartarse a la hora de hablar de la «crisis» en la sociedad soviética.

(12) Un ejemplo de estas críticas es la carta publicada en *Novy Mir*, firmada por la economista Larisa Popkova. En ella observa sardónicamente, en relación con la propuesta de introducción de «cierto grado de relaciones de mercado» que «no podemos estar un poco embarazados». «Soviet Article Doubts Economic Line» («Artículo soviético duda sobre la línea económica»), *The New York Times*, 9 de mayo de 1987.

(13) Un ejemplo característico de esta actitud es la reacción de un (anónimo) funcionario del partido húngaro frente al programa económico, tan diletante, presentado por el Comité Central ante la Academia de Ciencias Húngara para su debate y, sorprendentemente, no aprobado por los académicos. Luego de resumir los objetivos del programa económico, el anónimo funcionario añade: «Todo esto es inimaginable sin la reforma

política (...). La maquinaria está obsoleta, la superestructura política es un obstáculo para el desarrollo general, especialmente en la economía. El aparato del partido está petrificado». («Hungarian Academy Gives New Party Plan an 'F' —«La Academia Húngara pone un suspenso al nuevo plan del partido»—, *The New York Times*, 24 de mayo de 1987, p. 9).

(14) El término «cultura» equivale aquí, aproximadamente, a lo que C. Castoriadis denomina «la institución imaginaria de la significación», es decir, a la capacidad colectiva y más o menos institucionalizada de una sociedad, o al menos de un grupo social dominante de la misma, para crear ideas, valores e imágenes colectivas que generen una acción autónoma encaminada a la realización del proyecto inherente a la «nueva institución imaginaria».

(15) Y la campaña se comprende precisamente como una metáfora, como un intento de una cultura de solución de la crisis, por ejemplo, por parte del grupo Pamiat, movimiento al que los rusos liberales califican de Herederos de las Centurias Negras. Como vemos en el artículo «Russian Nationalists Test Gorbachev» («Los nacionalistas rusos ponen a prueba a Gorbachov», *The New York Times*, 24 de mayo de 1987, p. 10), los activistas de Pamiat interpretan las consignas antialcohólicas como el primer paso hacia la restauración de la dignidad y el espíritu histórico tradicionales de Rusia.

(16) A. Solyenitsin: *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética*.

(17) La ficción popular es a veces un buen indicador de tales sentimientos populares que por uno u otro motivo no han logrado una expresión en la «cultura superior». Por ello considero que los «thrillers» de dos escritores soviéticos en la emigración por un cierto tiempo, E. Topol y F. Neznanisky, son retratos asombrosos de esta cultura enfermiza (véase, sobre todo, *Plaza Roja* y *El cadáver del parque Sokolniki*).

(18) Raymond Aron mantuvo hasta sus últimos días (véase R. Aron, *France-Steadfast and Changing* —«Francia: estable y cambiante»—, 1959, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, p. 33) que Francia nunca recuperaría el equilibrio político completo, y ciertamente nunca alcanzó el consenso sobre sus formas político-constitucionales después de 1789. Lo único sensato de la república americana fue que su clase política pudo encontrar su camino de retorno a la Constitución y a los principios de su origen después del violento drama de la Guerra Civil. Y es una extraña ironía que el principal triunfador y el principal derrotado de la segunda guerra mundial, la URSS y Alemania, hayan vivido durante cuarenta años, de formas distintas, aunque semejantes, inmersos en las tormentas del *Bewältigung der Vergangenheit*.